

De historia y memoria¹

Ana Carolina IBARRA

La historia y la memoria han tenido a lo largo del tiempo una relación entrañable. Para los griegos, Clío es nada menos que la hija de Mnemosine, que siempre admiró el talento y la sabiduría de su hija. Tan cercanas y sin embargo distintas, su relación es un tema que bien merece ser estudiado, sobre todo ahora que una serie de *leyes memoriales* han pretendido decir la última palabra sobre los hechos del pasado.²

No deja de sorprender que a los profesionales de la historia nos haya pasado prácticamente inadvertida la labor legislativa que se ha desplegado en los últimos años. El caso más notorio son las múltiples *leyes memoriales* de los franceses emitidas entre 1990 y 2005, mismas que establecen el reconocimiento del genocidio de los armenios, de la trata y la esclavitud como crímenes de lesa humanidad, y del *papel positivo* de la colonización francesa en el norte de África,³ las cuales han abierto una caja de Pandora. Más allá de la simpatía que podamos sentir hacia estos hechos, hay que preguntarnos: ¿es posible que los juicios historiográficos se conviertan en un delito?

Estas páginas no pretenden, en modo alguno, llegar a conclusiones sobre un tema que sin duda exige reflexiones de mayor hondura. A partir de un asunto acuciante, aspira sólo a poner en el tapete de la discusión la compleja relación historia-memoria en el contexto de la renovación historiográfica presente. En tal sentido, pretende precisar cuál es el ámbito de la historia y cuál el de la memoria, así como reflexionar sobre el papel que juega el historiador en tanto contribuye con su trabajo a organizar la *memoria de la historia*, a partir de explicar el problema del origen, y dar orden y sentido a los relatos fundacionales, entre otras cosas. En suma, este trabajo se plantea la interacción entre el trabajo del historiador y la memoria colectiva, y aunque sólo sea de forma somera intentará enfrentar el problema de las memorias nacionales en las últimas décadas del siglo xx.

¹ Una primera reflexión sobre el tema fue presentada como ponencia bajo el título “Entre la historia y la memoria. Memoria, memoria colectiva, identidad y experiencia. Debates recientes” en el coloquio internacional sobre Memoria e Historia organizado por el Centro de Investigaciones Científicas y Humanísticas (CEICH) de la Universidad Nacional Autónoma de México, que tuvo lugar en octubre de 2004.

² Las leyes memoriales en Francia datan de 1990; en España se debate la Ley de la Memoria Histórica, y en lugares como Argentina los memoriales de las leyes de Punto final y obediencia debida muestran una tendencia semejante.

³ Ley del 29 de enero de 2001, Ley del 21 de mayo de 2005, conocida como Ley Taubira, y Ley del 23 de febrero de 2005, respectivamente. Antecedente de éstas, la Ley Gayssot del 13 de julio de 1990, referente a la represión de actos racistas, antisemitas y xenófobos.

El contexto reciente

Aunque tradicionalmente la historia, erigida como ciencia con un estatuto propio, no había sido muy afecta a pensar en las expresiones espontáneas y populares de la memoria colectiva, el desarrollo reciente de la crítica historiográfica ha conducido al interés en los temas que tienen que ver con la memoria y con las manifestaciones más auténticas del imaginario colectivo. Esto ha hecho que la memoria histórica de las comunidades, los mitos de origen, la experiencia, la identidad y otros asuntos afines se conviertan en objeto de nuevas investigaciones que, a veces tomando prestados los métodos de la antropología, del psicoanálisis o de la lingüística, abren un horizonte nuevo. La tendencia a romper con el positivismo cientificista y el estructuralismo ha puesto al historiador a revisar y a repensar las fuentes y los enfoques tradicionalmente empleados para su oficio.

Por eso no es raro que las principales discusiones en torno a estos temas se hayan dado en el ámbito de la historia cultural, de los acercamientos entre la historia y la antropología, del seguimiento e interpretaciones de las representaciones colectivas, del análisis crítico de los registros y de los discursos, de los textos y los contextos en que éstos se producen. Y aunque los principales filósofos de la posmodernidad han mostrado poco entusiasmo por volver al estudio de los orígenes, han postulado métodos como el análisis del discurso, que ofrece un elemento muy útil para interrogarse sobre las manifestaciones públicas de esta relación, dando lugar a una historiografía de la memoria.⁴ Así pues, mientras que en las décadas de 1960 y 1970 las credenciales de la disciplina tendían a asociarla con las demás ciencias sociales, en las últimas décadas, las nuevas tendencias de la historia la han acercado cada vez más a las humanidades. En la medida en que el estudio del texto se convierte en un propósito obligado, la historia participa del relativismo que caracteriza a este tipo de estudios, y por eso hay quien afirma que “el postmodernismo es antitético a la historiografía convencional”.⁵

Este contexto ha sido propicio para reconsiderar la relación entre el historiador y la memoria colectiva. El historiador tiene propósitos científicos. Su trabajo recupera, explica y aquilata las huellas de la memoria bajo los preceptos de un método interpretativo al que se adscribe; tiene la pretensión de ser veraz, objetivo, portador de un conocimiento nuevo y bien fundado. Pero, aunque la historia se deslinda de los juegos de la memoria colectiva que recoge, no puede evitar que ésta se apropie de los retazos de lo que ella misma ha producido para dar pie a las grandes construcciones políticas y morales. Estas grandes construcciones se convierten en mitos que el imaginario recrea en sus ceremonias conmemorativas, en sus fiestas y en sus monumentos. Por eso es que no es tan fácil trazar una línea divisoria tajante entre lo que expresa esa memoria vaga del imaginario popular y el estudio acotado y preciso que los historiadores hacen del pasado.

La historiografía reciente en casi todos lados se ha visto confrontada con estas visiones simplistas del pasado, y no deja de ser paradójico que, justamente cuando el historiador se cuestiona las versiones oficiales de la historia, cuando además la profesionalización le confiere independencia respecto de los círculos del poder, los Estados empiecen a mezclarse en los temas de la historia.

⁴ Joyce Appleby *et al.*, “Postmodernism and Historians” (*Telling the truth about History*, 1994), en John Tosh, ed., *Historians on History*. Nueva York / Londres, Longman, 2000, p. 308.

⁵ J. Tosh, *op.cit.*, p. 273.

Es probable que lo hagan con buenas intenciones, pero con la coyuntura como prioridad, algunas de sus decisiones parecen arrebatarse a los historiadores la posibilidad de hablar sobre ciertos temas. Un buen ejemplo de ello es el caso de Olivier Pétré Grenouilleau, recientemente acusado de violar las leyes memoriales en Francia. Como parte de su política cultural, en 2003 el Senado francés estableció un gran premio de Historia. En 2005, un jurado compuesto por quince historiadores reconocidos, de trayectorias irreprochables y posturas diversas, atribuyó el premio a Grenouilleau por su libro sobre la trata negrera. El trabajo fue considerado como un estudio riguroso y objetivo que realizaba aportaciones significativas al conocimiento de un fenómeno muy poco conocido; podía darse por descontado que fuera del interés de todos, y particularmente de los descendientes de esclavos y habitantes de las regiones implicadas. Sin embargo, en una entrevista, el galardonado fue interrogado sobre si podía considerarse a la trata como un acto de genocidio. Grenouilleau respondió que no estaba seguro de ello, ya que la definición de este concepto exigía que existiera una intención de exterminio sistemático, circunstancia que no creía que se diera entre los promotores y beneficiarios de la trata negrera. La declaración de Grenouilleau levantó la indignación de algunos grupos que lo acusaron de “negacionismo” y le abrieron un proceso con base en las leyes Gayssot y Taubira.⁶ El hecho dio lugar a un pronunciamiento: el manifiesto “Libertad para la Historia”, que firmaron diecinueve historiadores de notable reputación, y que deja abierto un gran tema de discusión obligada para los historiadores.

La memoria, materia prima del trabajo de los historiadores

En 1977, Jacques Le Goff publicó *Historia y memoria*. La edición francesa, que tuvo como punto de partida la colaboración de este autor en la enciclopedia italiana de Einaudi, que publicó varias ediciones entre 1977 y 1981, es, en realidad, un ensayo de metodología histórica a partir del seguimiento de ciertos conceptos clave: antiguo-moderno, pasado-presente, historia-memoria. Por el interés que tiene para el tema que estamos tratando, vale la pena glosar aquí las definiciones que Le Goff hace de los dos últimos conceptos.⁷

Para comenzar, Le Goff establece la necesidad de distinguir entre la historia vivida y la disciplina o la ciencia mediante la cual los historiadores se apropian de esa historia vivida por los hombres para poder pensarla y explicarla. Los historiadores, continúa este autor, hacen inevitablemente un arreglo del pasado, lo *ponen en orden*, para recuperar así fuentes y testimonios que organizan para hacer inteligible ese pasado. Esta es una tarea que realizan echando mano de las técnicas y métodos que están a su alcance en un determinado contexto, y a la luz de las condiciones sociales, políticas e ideológicas de su época. Los resultados de su trabajo llevan, en consecuencia, el sello del momento en que fueron escritos, y por esta razón sus resultados serán juzgados por la historiografía posterior, que se ocupará de recuperar sus aportes y de desechar aquello que las nuevas investigaciones hayan superado. Desde esta perspectiva, se entiende que el conocimiento histórico

⁶ Para información más amplia sobre este caso, cf. René Rémond, *Quand l'État se mêle de l'Histoire. Entretiens avec François Azouvi*. París, Éditions Stock, 2006, pp. 37 y ss.

⁷ Jacques Le Goff, *Histoire et Mémoire*. París, Gallimard, 1988. [Folios]

avanza conforme avanza la historia, y que es posible esperar que la producción de conocimiento en este campo sea cada vez más rica. Así pues, para Le Goff, la memoria es la materia prima de los historiadores.

La memoria y la memoria colectiva

Cuando hablamos de la memoria colectiva nos referimos a una memoria no consciente, que en la mayor parte de los casos se manifiesta mediante sentimientos que, como los sentimientos religiosos, o los sentimientos de identidad grupal, nacional o religiosa, se expresan en manifestaciones colectivas, jubilosas o tristes, que ratifican una determinada tradición. La memoria colectiva es el lugar en el que se expresan y recrean las creencias, los mitos, los ritos y los actos litúrgicos celebrados por un determinado grupo que los transmite de generación en generación. No es algo inalterable, sino que en ese tiempo dilatado, la memoria colectiva es responsable de ajustes y modificaciones en aquello que transmite. Los vehículos que conservan y expresan la memoria pueden modificarse drásticamente en cada época si las formas y las técnicas se modifican. Con el paso del tiempo, los medios para guardar la memoria colectiva de los hombres han experimentado transformaciones extraordinarias. Piénsese, por ejemplo, en el paso de la memoria oral a la memoria escrita: lo que algunos autores han llamado “la domesticación del pensamiento salvaje”.⁸ La aparición de la imprenta, el invento de la fotografía y la cibernética han afectado profundamente los mecanismos mediante los cuales se guarda la memoria. A su vez, el contenido y el sentido de la memoria se modifican con el tiempo. Hay quienes sostienen que aunque a últimas fechas hubo una expansión extraordinaria de los medios para almacenar los recuerdos del pasado, la memoria colectiva se ha dislocado,⁹ y aunque para algunos esto podría parecer una paradoja, podríamos estar viviendo bajo la amenaza de perder la memoria.

A lo largo de la historia, el espacio religioso ha constituido uno de los lugares privilegiados para la memoria. Las religiones en su mayor parte están ancladas en ella. La tradición judeocristiana, en particular, se apoya en la evocación y en la rememoración de los orígenes que constituyen la base de su sustento. Los sacramentos de la misa y la comunión, por ejemplo, no son otra cosa que la rememoración de los pasajes más importantes de esa tradición religiosa, que une a los fieles en una experiencia que recrea y refrenda lo que la memoria colectiva ha guardado durante siglos. El ritual cristiano nos devuelve a la historia de los vivos, de los muertos y de los santos. El ceremonial y la liturgia se construyen a partir de la necesidad de reproducir ciertos pasajes de la historia y del mito para recordarlos.

Con el paso de tiempo, el ceremonial religioso se acompañó de otro tipo de celebraciones. Es probable que a la mentalidad contemporánea le parezca excesivo el énfasis puesto por otras sociedades en los rituales y en las fiestas de otras épocas en donde la celebración obligaba a que se cumpliesen de manera rigurosa los preceptos establecidos por la tradición. El cumplimiento rigu-

⁸ Jack Goody, *La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*, citado en J. Le Goff, *op.cit.*, p. 120.

⁹ Jean Pierre Rioux, y Jean François Sirinelli, *Para una historia cultural*. México, Editorial Taurus, 1999, p. 343.

roso del ceremonial garantizaba justamente la preservación de ese orden a partir del sentimiento colectivo que acompaña o reemplaza a la anterior tradición religiosa.

A partir del estudio de las fiestas, los historiadores han buscado comprender la memoria y el imaginario colectivo de cada época. Es indudable que los trabajos que marcan un punto de partida en esta línea son los estudios de Mona Ozuf sobre la fiesta en tiempos de la Revolución francesa. Y es que según Ozuf, con la Revolución la memoria *se expande* nuevamente, y por la *panteonización* se recupera el culto a los muertos, a los héroes, que vienen a ser los nuevos *santos* revolucionarios.¹⁰ En tanto conmemorar es parte del programa revolucionario, la fiesta patriótica es el lugar ideal para la conmemoración, el lugar en donde el ritual anónimo, tantas veces repetido no siempre de manera consciente, cohesiona y expresa un mundo de afectos y de creencias que la mayor parte de la gente guarda. En cada fiesta se renueva un pasado mítico que de alguna manera es también una promesa. La memoria colectiva sacraliza y rechaza toda discontinuidad y toda cronología: es enteramente reacia a los métodos de la historia.¹¹ Sin embargo, por su medio los grupos y las sociedades transmiten creencias, identidades y valores que se extienden en la continuidad de un tiempo difuso, cuyas raíces se pierden en un pasado difícil de precisar. ¿Cómo conjugar esta relación entre historia y memoria, tan distintas entre sí, y a la vez tan interdependientes, si queremos reconstruir la historia de la memoria?

Memorias puestas en entredicho. Hacia una historia de la memoria colectiva y de la memoria de la historia

No obstante la conciencia que los historiadores tenemos de la importancia de hacer la historia de los mitos y de las creencias en las que se fundan nuestras historias nacionales, en muy pocos lugares se ha emprendido la tarea de estudiarlos de manera sistemática y de hacer un balance de su relación con las principales interpretaciones de los historiadores. Es probable que uno de los trabajos que escapan a esta afirmación sea la monumental obra colectiva proyectada y dirigida por Pierre Nora en Francia, que se refiere a los “lugares de la memoria”.¹² Otro trabajo sugerente al que vale la pena hacer referencia, aunque de alcances mucho más modestos, es el de Ellen Fitzpatrick acerca de la relación que guarda la escritura del pasado (tarea del historiador) con la memoria de la historia (patrimonio del imaginario colectivo). Me refiero al libro *History's Memory. Writing America's Past*.¹³ En ambos casos se trata de asociar la creación de representaciones y creencias, y la propia producción historiográfica como generadora de imágenes e ideas del pasado, con la construcción de una memoria colectiva.

Tanto la *New History* de los estadounidenses, que ha puesto el énfasis en la historia de la gente común, de las minorías, de las mujeres, de los afroamericanos, de los trabajadores, etcétera,

¹⁰ Mona Ozuf, “La Fête: sous la Révolution française”, en Pierre Nora y J. Le Goff, *Faire de l'Histoire*, vol. III, *Nouveaux objets*. París, Gallimard, 1975, entre otras obras suyas dedicadas al tema.

¹¹ M. Ozuf, *op.cit.*, pp. 343 y ss.

¹² Pierre Nora, ed., *Les lieux de Mémoire*, 7 vols. París, Gallimard, 1984-1992.

¹³ Ellen Fitzpatrick, *History's Memory. Writing America's Past, 1880-1980*. Cambridge / Londres, Harvard University Press, 2002.

como la historiografía francesa reciente, han colocado como blanco de sus ataques las actitudes autocomplacientes derivadas de la visión que ofrecen sus respectivas historias nacionales. Los franceses celebraron por mucho tiempo el patriotismo republicano con el que lograron elaborar la imagen de un porvenir seguro; pero desde la segunda posguerra hasta hoy esa imagen no ha hecho más que erosionarse, al punto de cuestionar los modelos originales del discurso de la nación.¹⁴ Las versiones triunfalistas no encajan con la realidad de la posguerra y de la Guerra Fría, mucho menos del nuevo siglo. Por su parte, en Estados Unidos las versiones de una *historia de consenso*, basada en la imagen de una tierra de libertad, abundancia e igualdad, llegaron a su fin hace algunas décadas. La nueva historia social de los años sesentas y setentas fijó su atención en la gente común, y puso de manifiesto los límites del sueño americano. Una buena parte de las leyendas que han contribuido a la memoria y a la identidad estadounidenses han sido puestas en tela de juicio, al menos por un sector importante de la intelectualidad. En otros lugares las versiones oficiales y los grandes mitos nacionales también empiezan a perder sentido.

La crítica de las últimas décadas del siglo xx ha expresado de distintas maneras su desconfianza hacia las versiones sacralizadas del pasado nacional. Y no sólo lo hace el posmodernismo, sino la historia social, las historias locales, de la gente menuda que no se siente identificada con la grandilocuencia de la historia nacional. Una buena muestra de ello es la microhistoria, la historia del terruño. Obras como *Le Cheval d'orgueil. Mémoires d'un Breton du pays bigoudien*, de Pierre Jakes Hélias, escrita en 1975; *Montaillou, village occitain de 1294 a 1324*, también de 1975, de Emanuel Le Roi Ladourie, la microhistoria italiana y la mexicana (pionera con *Pueblo en vilo*, de 1968) de Luis González, que acuñó el término de *historia patria* para reivindicar las memorias menudas, populares, que no se sienten reflejadas en la historia patria. Bajo la influencia de esta línea historiográfica sobrevino una producción muy amplia que se agrupó bajo los rubros de la historia oral y de la historia regional en México y América Latina.

Somos muchos los historiadores que queremos reconsiderar las versiones maniqueas y chatas de las historias oficiales que han justificado determinado orden. Hemos buscado respuestas a las preguntas de ahora y revisado críticamente la interpretación que la historiografía previa nos ha legado. Un nuevo auge de los archivos se combina con debates frescos y desprejuiciados. Nos preguntamos muchas veces cómo es posible que haya una producción tan abundante sobre muchos temas y tan pocas aportaciones, ¿por qué ha sido tanta la distancia entre la investigación histórica y aquello que se repite en las escuelas y en las conmemoraciones, a veces ya sin contenido?

Si bien algunos aportes han puesto también atención al tema de la construcción de la memoria y de cómo la nación se formó anclando su memoria en el pasado —como sucede con Enrique Florescano y su *Memoria mexicana*, de 1995, y su *Imágenes de la patria*, de 2005—, todavía hay mucho por hacer. Falta, desde luego, una mayor conciencia de la necesidad de ir más allá de la simple contraposición entre la historia oficial y una nueva historia, para tratar de reinterpretar los procesos del pasado de manera más rigurosa e inteligente. Falta ahondar en estos temas para tratar la

¹⁴ Jean Pierre Rioux, *op. cit.*, p. 346. Según el punto de vista de este autor, la Primera Guerra Mundial marcó la apoteosis de una memoria nacional y republicana. La crisis de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial, en cambio, echaron a andar la *Guerra Franco Francesa*, en la que la Francia urbana industrial y terciaria ganó la batalla a la Francia rural que guardaba las principales fuerzas de la memoria colectiva de los franceses.

especificidad de cada campo, pero también para percibir la interacción que se produce entre la historia y los reclamos del presente. ¿Es posible hacer compatible la tarea del historiador con las exigencias de las memorias colectivas y de las memorias oficiales? ¿O el trabajo de los historiadores está condenado, en el mejor de los casos, a quedarse en el gabinete o a limitarse a aquello que no comprometa a estas memorias?